

Amigo de arrieros y de médicos

A. Ballesteros Fernández

(De "El extramundi y los papeles de Iria Flavia" N° XLV. Primavera MMVI; Número Monográfico sobre Cela en Mallorca)

En una conferencia, pronunciada ante los médicos talaveranos, Camilo José Cela comenzaba proclamando la amistad con los arrieros y los médicos. La preparó poco después de sufrir una intervención quirúrgica urgente y tuvo la amabilidad de recordar mi actuación y la del cirujano Miguel Llobera: "Guardo muy sincera gratitud hacia don Alfonso, que fue el que me denunció, y hacia don Miguel que fue el que me trinchó..."

Sin duda, la amistad con los arrieros se fraguó en sus célebres caminatas por las tierras españolas. El afecto a los médicos es lógico pensar que se debe a la tuberculosis, que sufrió en su juventud, y que motivó que pasara largas temporadas en sanatorios antituberculosos. Fue dado de alta con unas cicatrices pleuropulmonares tan llamativas como su personalidad y un profundo conocimiento de los clásicos españoles, consecuencia de sus prolongadas sesiones de lectura.

A pesar de las secuelas torácicas y de los abusos con que castigó su orondo cuerpo, gozó de buena salud hasta que sus divertículos se enfurecieron y requirieron dos intervenciones quirúrgicas en poco tiempo.

En sus obras no menciona a los especialistas que le atendieron de la tisis, aunque es fácil imaginar que su ejemplo pudo influir en el intento de hacerse médico. En 1934 se matriculó en la facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid pero, rápidamente, la abandonó para pasarse a la Facultad de Filosofía y Letras y, poco después, a la de Derecho, sin concluir ninguna licenciatura.

En contra de la tradicional tendencia de la literatura universal a ridiculizar a los galenos, Cela siempre

*Don Alfonso,
Aquí va mi marca filatélica. ¿Te acordarás
de enviarme alguna noticia de las subastas
de Arizona? Un fuerte abrazo.*

*Camilo José Cela
De la Real Academia Española*

Palma de Mallorca - 7. XII. 86.

manifestó una actitud benévola, alabando las virtudes y comprendiendo las muchas dificultades de la profesión. "Con los médicos y con los cirujanos pasa algo muy curioso: quizá no sepan mucho, pero sin duda saben mucho, muchísimo más que los que no lo somos oficialmente". Especial

afecto demostraba por los antiguos médicos rurales; con los de ciudad era más duro y decía: "los médicos eligen siempre queridas muy llamativas".

Lo que le enervaba irremediamente era que se designara a los médicos con el apelativo de doctores, aunque fuera admitido por el uso y la Real Academia: "Doctor es grado, no profesión...El médico puede ser doctor o no serlo... Inversamente, el doctor puede ser médico, pero también puede no serlo".

Estas consideraciones eran tan frecuentes que cuando leí mi tesis doctoral se la dediqué por ser una de las personas que, con sus sarcasmos sobre los doctores, más me había estimulado para la obtención de ese grado. Mi interés por cuidar la lengua española también fue un fruto de su amistad, varias de las dedicatorias que me hizo se refieren a ello. Sin duda, el médico que más influyó en Cela fue don Gregorio Marañón. Sentía veneración ante sus excepcionales cualidades como médico y como humanista, "tan bondadoso como inteligente". Además don Gregorio tuvo la valentía de prologar la tercera edición de *La familia de Pascual Duarte*, que antes había estado prohibida en España. Marañón fue también el gestor de su ingreso en la Real Academia Española y el que respondió a su preceptivo discurso.

Lógicamente, un artículo de don Gregorio no podía faltar en el primer número de los Papeles de Son Armadans.

Desde su llegada a Mallorca, varios médicos formaron parte de su amplio círculo de amistades y de sus sabrosas tertulias. A Pedro Servera y a José Caubet les dio poco trabajo; no fue lo mismo con Eduardo Jordá, que fue uno de los que más veces tuvo que sajar los abscesos glúteos recidivantes de Camilo. Él los atribuía a un navajazo recibido en Madrid en una pelea, durante la celebración del éxito económico de *La Catira*. También los achacaba al sedentarismo de su profesión. Explicaba que puesto que el sufijo -itis indica inflamación, su padecimiento era una “cachitis” laboral.

“El sieso del homo sapiens contra lo que pudiera pensarse al escucharlo nombrar de posadera, no fue inventado para servir de permanente soporte a sus miserias sino, antes al contrario, para posarlas a veces y con intermitencias cautelosamente medidas y sabiamente calculadas”. Por ello, la “cachitis” es, según Cela, una nueva entidad nosológica caracterizada por una enojosa inflamación de las nalgas, que ataca a los jinetes, ciclistas y escritores.

Otro amigo médico fue José María Rodríguez Tejerina que publicó, en 1974, un documentado estudio sobre Camilo José Cela y la Medicina, que es la fuente de la mayoría de las citas de este artículo.

Con sus antecedentes personales, no es de extrañar que las referencias a la tuberculosis y a las dolencias perianales sean tan abundantes en la obra de Cela. No tengo constancia, y como es lógico si la tuviera no lo diría, de que Camilo sufriera alguna enfermedad venérea; no obstante las referencias a este flagelo son tan frecuentes y explícitas como las relativas a los órganos sexuales.

Al tratar de las enfermedades, Cela se quedó anclado en los azotes de la posguerra, la tuberculosis (“la peste blanca”) y las “enfermedades secretas”. Se

refiere poco al tifus o al paludismo, que tardaron en ser erradicados, “eso de la responsabilidad es algo que da por rachas, como el paludismo”. Las referencias a los males de nuestros días son escasas, casi no habla del infarto, del cáncer o de los accidentes de tráfico, aunque escribió: “Hasta que se muere de cáncer o de vuelco del automóvil”.

Sus referencias a la farmacopea eran arcaicas y principalmente relacionadas con la sexualidad: “irrigaciones vaginales Cuprolina”, “Sexine, nuevo afrodisíaco de gran eficacia ante la indiferencia femenina”, etc.

En los últimos años Camilo había perdido interés por la erudición, por estar al día, en las ciencias de curar. Antes de marchar a Norteamérica, para preparar *Cristo versus Arizona*, me tomé la revancha a sus críticas lingüísticas y le cuestioné el uso de la preposición versus. Le comenté que en las tierras donde viajaría se padece endémicamente una enfermedad pulmonar denominada Fiebre del Valle de San Joaquín; aunque le proporcioné la información solicitada no llegó a reflejarla en su novela. Años antes sí que incluyó en *Mazurca para dos muertos* un informe forense que, de depurado estilo, fue elaborado por el ya fallecido Académico Numerario Dr. Marcial García Roglá.

Su vinculación con los médicos de Mallorca fue tan intensa que en 1991 fue elegido Colegiado de Honor del Colegio Oficial de Médicos de Baleares. Comparte esa distinción con otros premios Nóbel: Santiago Ramón y Cajal, Severo Ochoa y Jean Dausset, pero con la peculiaridad de que es el único al que se eximió de ser médico. De esta forma Camilo José Cela fue miembro de Honor de un Colegio Oficial de Médicos, sin pasar de primero de Medicina y doctor, de título y no de oficio, por varias universidades nacionales y extranjeras sin previamente ser licenciado.